

CAPITULO III.

DE LA INOCENCIA.

No tengo otra cosa que encargarte con mas encarecimiento, oh amado Teotimo, despues de la piedad, cuya importancia y necesidad te he demostrado, que la conservacion de la inocencia. Esta virtud es el principal adorno del hombre, que le iguala de algun modo á los Espíritus celestiales. Por ella mereció San Juan Evangelista ser el favorito de Jesucristo, y descansar sobre su pecho. En una palabra, en ella consiste nuestra gloria y nuestra felicidad. Nada son las ventajas mas preciosas en comparacion de este tesoro inestimable que posees. Así, si fuese necesario, todo lo debieras perder por conservarlo. Mientras lo poseas serás sobradamente rico: pero si lo pierdes, lo perdiste todo.

Adan y Eva gozaron de suerte mas feliz mientras se mantuvieron en el estado de la inocencia. Libres de las pasiones,

de las enfermedades y de la muerte, lograban la vida mas tranquila en un jardin delicioso y fértil, que sin necesidad de cultivo producía todo género de frutos. No los incomodaba el calor del estío ni el frio del invierno. Gozaban de una primavera continua y todos los animales estaban obedientes á su imperio; nada faltaba á sus deseos, nada se oponía á sus inclinaciones. Pero apenas perdieron la inocencia cuando fueron arrojados de aquel delicioso verjel: se esterilizó la tierra; experimentaron los rigores de todas las intemperies, se desenfrenaron sus pasiones para atormentarlos, quedaron sujetos á las enfermedades y á la muerte, y en lugar de su pasada felicidad, llovieron sobre ellos todos los males.

Ve aquí, amado Teotimo, una descripcion exacta de lo que te sucederá tambien si llegas á perder el precioso tesoro de tu inocencia. Te cerrarás tú mismo las puertas del cielo, quedarás privado de la amistad de Dios, y hecho esclavo del demonio y del pecado. Dios te libre de experimentar jamás tan funesta desgracia.

Invo
Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El n
Las
El c
El h
El e
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

Hijo mio, decia en otro tiempo la reina Blanca á San Luis cuando era de tierna edad, ya ves lo que te quiero; pues á pesar del amor con que te miro, mas quisiera verte espirar delante de mis ojos que incurrir en un solo pecado mortal. No tengo reparo, amado Teotimo, en repetirte lo mismo: sí, por grande que sea la amistad que te profeso, mas quisiera verte privado de la vida que de la inocencia; porque la pérdida de la vida interesa solamente al cuerpo; pero la de la inocencia interesa al alma, y la expone á una desgracia eterna.

Por esta razon vemos que todos aquellos que han estado penetrados de verdadero amor á la religion y de temor de Dios, han preferido cuando ha sido necesario los suplicios y la muerte al pecado. Así leemos que José mas quiso exponerse á ser calumniado, maltratado y encerrado en un oscuro calabozo que cometer el delito que se le proponia. Una infinidad de jóvenes de ambos sexos le han imitado, y han padecido los mayores tormentos por no perder la amistad de Dios. En confirma-

cion de esto me contentaré con citarte el memorable ejemplo que dieron al mundo los siete hermanos Macabeos.

Queriendo obligarlos el impío Antíoco á comer de un manjar prohibido entonces por la ley de Dios, respondieron unánimes los generosos hermanos que mas querian morir que ofender al supremo Dueño del universo. El tirano al oír esta respuesta mandó preparar todo genero de instrumentos para atormentarlos; pero ni los potros, ni las ruedas, ni las calderas encendidas pudieron hacer titubear la constancia de los seis primeros, muriendo todos sucesivamente, gozándose de su dichosa suerte. Quedó el mas jóven; y viendo Antíoco que no habian cedido los otros á los tormentos, se valió para con él de las caricias y de las mas lisonjeras promesas. Hizo venir al mismo tiempo á su madre para que le exhortase á obedecer á sus órdenes: pero la virtuosa madre en lugar de coadyuvar á las intenciones del tirano, no habló á su hijo sino para animarle y seguir el ejemplo de sus hermanos, y á morir como ellos en defen-

Invoc
Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El m
Las
El c
El h
El e
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

sa de las sagradas leyes, mostrándole el cielo, en donde antes de mucho habia de recibir el premio debido á su valor. No fué inútil la exhortacion; el piadoso jóven mirando con igual desprecio promesas y amenazas, protestó sin rebozo que no obedecería á las órdenes de Antíoco, si no á la ley de Dios. Irritó esto de tal manera al impío monarca, que soltando la rienda á todo su furor, mandó á los verdugos que agotasen su rábía sobre aquella tierna víctima, que sufrió la muerte con la mas heroica constancia.

Ve aquí lo que costó á aquellos jóvenes mártires la conservacion del precioso tesoro de la inocencia. Regularmente no tendrás tú que padecer tales combates, ni que hacer tan grandes sacrificios para conservar la tuya. Pero no debo disimularte que necesitarás del mayor cuidado para no perderla. Es esta virtud una hermosa flor adornada de los mas vivos colores y que esparce muy lejos el mas agradable olor; pero el menor vaho puede marchitarla, y el mas leve soplo basta para derribarla ó tronzarla. Una conver-

sacion indecente, un mal ejemplo, una mala compañía son bastantes para despojarte de la preciosa túnica de la inocencia. A pesar de esta delicadeza estás obligado á conservarla pura y sin mancha. Si Dios te ha revestido de ella ha sido con esta precisa condicion, y llegará el dia en que te pida cuenta de ella.

Despues que los hijos de Jacob vendieron á su hermano José á unos mercaderes Ismaelitas, para ocultar este delito á los ojos de su padre, que le amaba con particular cariño, se quedaron con su túnica, y manchándola con la sangre de un cordero, se la enviaron con un criado, diciéndole por su medio, *esta túnica hemos encontrado, mira si es la de tu hijo. ¡Triste de mí! exclamó el padre ¡demiado la reconozco! Pero ¡en qué estado la veo! No hay remedio, José ha perecido; alguna fiera lo ha devorado.* Interrumpieron los suspiros y sollozos estas tristes palabras, y no hubo medio de calmar el dolor del afligido padre.

Pues has tú tambien cuenta que llegará dia en que los ángeles presenten la

Invoc
Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El n
Las
El c
El h
El c
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

túnica de tu inocencia ante el tribunal del supremo Juez; diciéndole como á Jacob; mirad, Señor, si es esta la túnica de vuestro hijo. ¿Y qué desgracia seria la tuya si la vieses manchada y teñida de sangre? Serias perdido para siempre, porque en el reino de Dios no puede entrar cosa manchada, y para ser admitido en él, es preciso haber conservado la inocencia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. Cuida pues de que no se diga de tí lo que de José *alguna fiera lo ha devorado*. El monstruo cruel que puede devorarte es el pecado. Continuamente te rodea para sorprenderte. Huye de él con el mismo cuidado que de una serpiente venenosa; y usa para librarte de los dos medios que Jesucristo nos propone para conservarnos en la inocencia; esto es, de la oracion y vigilancia.

Como nada podemos sin el socorro de Dios, y á cada paso damos las mas crueles caídas si no nos sostiene su gracia, es preciso que la pidas continuamente y no dejes pasar dia alguno sin rogar muchas veces al Señor, sobre todo por la maña-

na, y por la noche, por medio de esta corta y adecuada oracion, de que continuamente usaba el jóven Ubaldo, muerto en opinion de santo á los diez y siete años de edad: *Quitadme antes la vida, oh Dios mio, que permitir que pierda mi inocencia.* Añade la frecuencia de sacramentos á la oracion. Todos los Santos Padres han mirado el Sacramento de la Eucaristia como uno de los medios mas eficaces para conservar la inocencia: este divino sacramento, al paso que nos hace impenetrables al fuego de las tentaciones, obra en las almas de los que le reciben dignamente lo que obró en otro tiempo en el cuerpo de un niño, libertándolo del furor de las llamas. Ve aquí como cuentan este suceso muchos historiadores eclesiásticos.

Era costumbre antigua de la Iglesia Griega el consagrar el sacratísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con pan fermentado, como el que comemos ordinariamente; y cuando despues de comulgar los fieles sobraban algunas partículas de este pan consagrado, llamaban á algunos niños pequeños de la escuela y se las ha-

cian comer. Vino para este efecto un dia,
 entre los demás, un hijo de un vidriero
 judío. Este niño, que ignoraba nuestros
 santos misterios, despues de haber recibi-
 do como los demás en la Iglesia la sagra-
 da Eucaristía, volvió á su casa. Pregun-
 tóle su padre por qué habia tardado tan-
 to en volver, y el niño le contó sencilla-
 mente lo acaído. Bastó esto para irri-
 tar al fanático judío de tal manera que
 cogiendo enfurecido al niño, le arrojó en
 el horno encendido que le servia para fa-
 bricar el vidrio. La madre echando me-
 nos al hijo, ignorando lo que le habia su-
 cedido, corrió toda la ciudad buscándole,
 derramando un rio de lágrimas, é implo-
 rando el socorro del cielo con voces inter-
 rumpidas por sus sollozos: al tercer dia,
 desesperando ya de hallarlo, y encon-
 trándose llena de dolor á la puerta de la
 vidrería de su marido, repetia continua-
 mente el nombre de su hijo, que oyéndo-
 la le respondió de dentro del horno. La
 pobre madre llena de gozo rompe la puer-
 ta, y viendo á su hijo sin la menor lesion
 encima de las ascuas, le pregunta cómo

es que el fuego no le habia dañado, á lo
 que el niño contándole el suceso satisfa-
 ce diciendo: Una mujer vestida de púr-
 pura ha venido á visitarme muchas veces,
 me ha dado agua para apagar las llamas
 que me rodeaban, y me ha traído de co-
 mer cuando lo he necesitado. Habiendo
 llegado este milagro á oídos del empera-
 dor Justiniano, mandó que bautizasen á
 la madre y al hijo, que lo deseaban, é
 hizo castigar con pena de muerte al pa-
 dre que de ningun modo quiso hacerse
 cristiano.

Pero no basta orar y frecuentar los sa-
 cramentos: Dios no lo ha de hacer todo.
 Es menester que por tu parte veles sobre
 tí mismo y guardes con especialidad tus
 sentidos para no ver ni oír cosa alguna
 que pueda perjudicar á la inocencia. Una
 mirada sola bastó para perder á David.
 Hasta entonces habia sido un modelo de
 inocencia y de piedad; pero por desgra-
 cia suya se detuvo á considerar con aten-
 cion un objeto peligroso; y esta sola im-
 prudencia fué suficiente para hacerle co-
 meter dos delitos enormes. Y si este

santo rey se dejó seducir tan fácilmente, ¿qué no debes temer tú, si no haces como Job, un pacto con tus ojos para no mirar cosa alguna que pueda inclinarte al pecado? Esta vigilancia es el único medio para libertarte de los tropiezos en que caen todos los días tantos jóvenes, que apenas llegan al uso de la razón, cuando se sirven de ella para ofender á Dios.

No puedo persuadirme, amado Teotimo, que hasta ahora hayas incurrido en tal desgracia: tengo demasiado buen concepto de tu religion y de tu virtud para creerlo: pero si por desdicha hubieses manchado la preciosa túnica de tu inocencia con algun pecado grave, ya sabes que Dios en el sacramento de la penitencia nos ha dejado un remedio saludable para purificarnos y curarnos; y así acude inmediatamente á él. Si vieras tu cuerpo acometido de alguna enfermedad peligrosa, ¿qué prisa no tendrías para llamar al médico, y tomar los remedios necesarios á fin de recobrar tu salud? ¿cuánto mas debes apresurarte para remediar los daños de tu alma? La herida que en

ella hace el pecado es mil veces mas peligrosa y funesta que todas las enfermedades del cuerpo. A cada instante estás expuesto á que te sorprenda la muerte: ¿y qué sería de tí si murieres en pecado?

Espero en el Señor que no experimentarás tan triste suerte, persuadido de que aun posees el precioso tesoro de la inocencia, ó que á lo menos si has tenido la desgracia de caer en pecado habrás tenido cuidado de purificar tu alma por medio de una sincera penitencia. Así me contentaré con esforzarme á precaverte contra los escollos que estás expuesto á encontrar, y que puedan ser funestos á tu inocencia. En los dos capítulos siguientes verás cómo debes pensar acerca de ellos.



Invo
Intro
de

Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca

Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La l
El p
El n
Las
El c
El h
El e
Los
El l
El l
La p
La r
El g
El j
Las